

BX 1751

L6
v.6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

UNA PRIMERA CUARESMA.

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION PRIMERA

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (*en la Misa.*)

Bondad del padre del Hijo pródigo : ingratitude de este último.

TEXTO. — *Pater da mihi portionem substantiæ, quæ me contingit.*
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC, XV, 12).

EXORDIO. — Hermanos míos, cierto día que los Fariseos murmuraban echando en cara á nuestro divino Salvador su bondad y su indulgencia con los pecadores, éste les refirió la parábola siguiente : « Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más jóven dijo á su padre : *Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.* Y el padre les distribuyó su hacienda. Pocos días después, el hijo más jóven, habiendo reunido todo lo que le pertenecía, se marchó á un país extranjero,

1

009583

donde malgastó su hacienda viviendo desarregladamente. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino en aquel país un hambre muy grande, y el joven empezó á encontrarse en la indigencia. Fué y se contrató con uno de los habitantes del país, el cual lo envió á su casa de campo para guardar en ella los cerdos. Y muy á gusto le habría venido poder saciar su hambre con lo que los cerdos comían, pero nadie se lo ofrecía... Por último, habiéndose concentrado y puéstose á meditar en su interior, dijo : *¡ Cuántos jornaleros tienen pan en abundancia en casa de mi padre, é yo me estoy aquí muriendo de hambre ! Me levantaré, iré á mi padre y le diré : Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos, ya sé que no soy digno de ser llamado hijo vuestro ; admitidme en casa y tratadme como á uno de vuestros jornaleros...* Y levantándose, fué hácia su padre. Estaba todavía bastante lejos, cuando su padre le vió venir y se sintió movido á compasión ; y corriendo hácia él, le echó los brazos al cuello. Su hijo le dijo : *Padre mío, he pecado contra el cielo y contra vos ; ya sé que no soy digno de ser llamado hijo vuestro... Mas el padre dijo á sus criados : Traed inmediatamente su primer vestido y ponédselo, colocad un anillo en su dedo y zapatos en sus piés ; traed el becerro gordo y matadlo ; comamos y regocijémosnos, porque este hijo mío que aquí veis, estaba muerto y ha resucitado ; estaba perdido y se ha vuelto á encontrar.* Y empezaron á disponer el festin. Entretanto el hijo mayor, que estaba en el campo, volvió, y cuando estuvo cerca de la casa, oyó aquellas demostraciones de alegría. Llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello : éste le dijo : *Tu hermano ha vuelto, y tu padre ha matado el becerro gordo porque lo ha recobrado sano.* Indignóse el mayor y no quiso entrar en casa. Salió por lo tanto su padre para decidirle, mas él dijo á su padre : *He ahí que hace ya tantos años que te sirvo, jamás he desobedecido tus órdenes y nunca me has dado ni un cabritillo para divertirme con mis amigos ; mas en cuanto tu otro hijo, que se ha comido su hacienda con mujeres perdidas, ha vuelto, has matado para él el becerro gordo.* Entonces el padre le contestó : *Hijo mío, tú estás siempre conmigo, todo lo mío es tuyo ; pero era preciso hacer un festin y regocijarnos, porque tu hermano estaba muerto*

y ha resucitado ; estaba perdido y se le ha vuelto á encontrar. »

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, esta parábola contiene enseñanzas muy útiles, saludables y consoladoras ; las estudiaremos con alguna detención durante este santo tiempo de Cuaresma... Pobres pecadores, encierra la historia de nuestra malicia y de nuestros extravíos ; permita el Dios misericordioso que tenemos en el cielo, que sea también la imágen de nuestro sincero retorno á sus brazos!...

DIVISIÓN. — *Primeramente* ; algunas consideraciones preliminares : *en segundo lugar* ; bondad del padre del Hijo pródigo é ingratitud de este último : *en tercer lugar* ; ingratitud del pecador que abandona el servicio de Dios.

Primera parte. — Los santos Padres han aplicado algunas veces la parábola del Hijo pródigo al pueblo Judío y á los Gentiles. El padre de familia era el mismo Dios ; el más joven de los dos hijos, reclamando la parte de la hacienda que le correspondía y marchándose luego á derrocharla entre excesos, representaba á los Gentiles, es decir, á los infieles que, habiéndose alejado de Dios, habían abusado de su libertad, de su razón y de su inteligencia para ofrecer sus homenajes á los ídolos más groseros... Aquella hambre que sobrevino, aquella miseria, aquella degradación en que cayó el Hijo pródigo, era la viva imágen del triste estado en que vivía sumido el mundo antes de la venida de Jesucristo... La ternura, la compasión del padre de familia para con su pobre hijo extraviado, recordaban la bondad y misericordia de Dios para con las naciones infieles, á las cuales Jesucristo había venido á redimir... Los murmurios del hijo mayor, quejándose de que su hermano fuese acogido con tanta alegría, representaban las murmuraciones y la envidia de los Judíos, cuando vieron que todos los pueblos eran llamados á participar del beneficio de la Redención...

Pero lo que más comunmente han visto los santos doctores en los rasgos que caracterizan al Hijo pródigo ha sido la imágen del pecador... La partida de ese hijo ingrato, sus extravíos, su desventura han parecido siempre la verdadera representación de los extravíos y de la desventura del alma que se aleja de Dios. La vuelta del Hijo pródigo, la bondad de su padre, la alegría con que recibe al hijo arrepenido,

son la imagen de la conversión del pecador y de la infinita misericordia con que Dios acoge su regreso...

Bajo este punto de vista será, hermanos míos, bajo el que estudiaremos esta admirable parábola... La Sagrada Escritura encierra muchas verdades en un reducido número de frases... Pero es preciso saber meditarla para comprenderla bien. A la manera como se prensa la uva para extraer de ella el jugo más puro, así comprimiremos en cierto modo este asunto, para hacer brotar de él las preciosas enseñanzas que contiene... Veamos ante todo las circunstancias que precedieron á la partida del Hijo pródigo; luego después las aplicaremos á los pecadores, esto es, á nosotros mismos; porque todos somos pecadores y todos tenemos que recojer alguna lección útil en la explicación de esta hermosa parábola...

Segunda parte. — Bondad del padre del Hijo pródigo. Hermanos míos, aun cuando nada nos diga el Evangelio de las circunstancias que precedieron á la partida del Hijo pródigo, nosotros nos las podemos representar fácilmente... Su padre era bueno, cariñoso, excelente... ¿Quién podría ponerlo en duda, viendo con qué amor y con cuánta compasión acogió más tarde á su hijo arrepentido?... Aquel padre era rico; porque tenía numerosos criados... Por lo tanto es positivo que la infancia del pródigo estuvo rodeada de toda especie de cuidados y dulzuras... Todos vosotros sabéis, hermanos míos, lo que debe ser un buen padre, lo que gasta en cuidados, ternura, dinero é inquietudes para educar á sus hijos... Es menester no solamente alimentarlos y vestirlos, sino que además hay que reprenderles, velar por ellos, hacerlos educar segun sus posibilidades... Ninguno de estos cuidados le había faltado al Hijo pródigo. Ternura, cariño, abnegación, buenos consejos, sábios avisos, nada se había omitido para formar su corazón, esclarecer su espíritu y guiar su inexperiencia... Mas ¡ay! tanto amor, tantos cuidados habían sido completamente inútiles!... Mirad esos árboles llenos de musgo, delgados y raquíticos que se rodean de inútiles cuidados; se cava la tierra á su alrededor, se les abona, se les riega; sin embargo cada día se les ve ponerse más delgados y amarillentos: del mismo modo el corazón de aquel jóven aturdido había permanecido seco é insensible á las bondades de su padre... No había que-

rido reprimir sus nacientes pasiones; no había sabido huir las malas compañías... No había tratado de evitar las asechanzas que á su juventud tendían perversos consejeros; de eso procedía sin duda alguna su indocilidad, su rebelión contra su padre, y aquella funesta resolución que tomó de abandonarle, resolución que tan tristemente debía expiar y que más tarde tenía que deplorar con lágrimas amargas... Más de una vez, antes del día en que se atrevió á reclamar insolentemente la parte de su hacienda, más de una vez, digo, había dado á su padre motivos de queja y de descontento; aquel buen padre se había concretado á dirigirle observaciones, paternales amonestaciones y siempre le había perdonado... Y aquel hijo rebelde, en vez de demostrarle su reconocimiento, se había prevalido de tanta bondad; y teneis que, para dar las gracias á su padre por sus beneficios, cuidados y bondades, tiene la osadía de rebelarse abiertamente contra él... « Tu autoridad me daña, tus amonestaciones me fastidian, le dice; dame lo que de la hacienda me corresponde, que yo me voy léjos de tí, porque al fin soy libre... » ; Cuánta ingratitud, hermanos míos! ¿Y hay palabras bastante fuertes para vituperar una conducta semejante?...

Tercera parte. — Pero, cristianos, antes de condenar tan severamente la conducta del Hijo pródigo, os suplico que hagamos una reflexión sobre nosotros mismos... Recojámosnos un instante, penetremos en nuestro interior... No exageremos nada, pero al propio tiempo no nos hagamos tampoco ilusiones... Decidme, ¿no tenemos también nosotros un Padre muy bueno, á quien cada día tenemos que saludar con estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos?*... Y este Padre ¿de cuántos bienes no nos ha colmado?... Nos ha dado la vida; porque nuestras madres podrían decirnos, con verdad, lo que una santa mujer decía á sus hijos: « Hijos míos, no soy yo quien os ha dado la vida, es la mano del Todo Poderoso la que os ha formado en mi seno »... Nos ha dado la gracia por medio del Bautismo; nos ha dado la inteligencia, la razón. Y en efecto, si no somos idiotas, como ciertos desgraciados que sirven de juguete á los chicos, y vienen a pedir limosna á nuestras puertas, ¿á quién lo debemos?... Si Dios permite que, de vez en cuando, nazca alguno de esos infelices, mendigos ó idiotas, es para hacernos comprender que es él, solamente él quien da la fuerza, la salud,

la inteligencia... ¿Es menester recordaros la instrucción que habeis recibido, el catecismo que habeis aprendido?... ¿Debo conducirnos todavía, uno tras otro, á este santuario, llevaros á la santa mesa y deciros : « Hubo un día, día que vosotros habeis olvidado, día á lo menos en que no pensais bastante; porque este día ¡nó! no se olvida jamás!.. Hubo un día en que, niños todavía, llenos de fé y radiantes de amor, estabais sentados ahí, ataviados los unos con vuestros mejores trajes, vestidas las otras con blancos ropajes... Hubo un día, digo, en que el mismo Jesucristo se entregó á vosotros, en que Dios tomó solemnemente posesión de vuestro corazón... un día en el cual derramó sobre vosotros sus más abundantes gracias... » ¿Es esto todo?... Nó, nó, hermanos míos muy amados, cada uno de nuestros años, cada uno de nuestros días, cada hora, cada minuto, es uno de sus beneficios... Gozais de una agradable comodidad; todo el porvenir os sonríe. No lo olvideis, es un beneficio de Dios: Teneis salud, paz, unión en vuestras familias; beneficio de Dios también... En fin, el aire que respirais, el pan con que os alimentais, son otros tantos beneficios de Dios... Acordáos bien de esto.

Ahora, pobres hijos pródigos y rebeldes, examinemos la manera como nos conducimos nosotros para con nuestro Padre celestial... Nosotros somos sus hijos; le debemos obediencia y sumisión... ¿No seríamos también nosotros ingratos; no habríamos también nosotros reclamado nuestra libertad, para vivir fuera de su ley y como léjos de su presencia?... Dios nos ha repetido con frecuencia lo que el padre del pródigo dijera más de una vez á su hijo; « Hijo mio, desconfía de tus pasiones; su lenguaje es dulce, pero los frutos que ellas producen son amargos : evita las malas compañías, ten cuidado con los malos consejos... Querido hijo, permanece cerca de tu padre, tú conoces su bondad, su ternura hácia tí. Quédate; nada faltará para tu tranquilidad, para tu felicidad... » ¿Hemos escuchado esta voz?... Apesar de tantas gracias como habíamos recibido, apesar de los innumerables beneficios de que Dios nos había colmado, le hemos abandonado. No nos encontrábamos bastante libres bajo su ley, el yugo de sus mandamientos nos ha parecido excesivamente pesado... Le hemos abandonado brutalmente, sin pararnos un momento á reflexionar,

sin osar darnos cuenta á nosotros mismos ni decirnos : « Veamos, Dios es mi Padre; él me ha creado para amarle y para servirle... Pero yo ya no le quiero amar ni servir... Sin embargo, ¿qué me ha hecho?... ¿Por qué razón estoy decidido á abandonarle?... » ¡Ay, hermanos míos muy amados, qué contestación tan triste habríamos encontrado si nos hubiésemos dirigido una pregunta semejante!... El uno habría dicho : « Yo le dejo por respeto humano »; el otro : « Yo le dejo para seguir mis pasiones ». Y vosotras, jóvenes, ¿porqué le habeis abandonado?... Vosotras queríais frecuentar los bailes, correr imprudentemente en busca de ocasiones peligrosas; vosotras habeis encontrado que su yugo era demasiado pesado, os han fatigado las santas leyes del pudor... Ya lo veis, hermanos míos, todos nosotros lo vemos; infelices pecadores, hemos querido, como el Hijo pródigo, hemos querido dejar á este buen Padre que, sin embargo, nos había colmado de beneficios.

PERORACIÓN. — Hermanos míos muy amados, creo oír á Jesucristo, nuestro dulce Salvador, quejarse de nuestra ingratitud y de este desleal abandono... Paréceme que le oigo dirigir á cada uno de nosotros los conmovedores reproches que dirigía á los Judíos y que nos recuerda el oficio del Viernes Santo: « Pueblo mio, ¿qué te he hecho?... *Popule meus, quid tibi feci?*... Alma á quien tanto he amado, alma redimida á costa de mis dolores y de mi sangre, habla, dí ¿qué te he hecho? ¿en qué te he contristado?... Caro amigo, desde el seno de tu madre he velado sobre tí; te he preservado de los accidentes de tu nacimiento; con el bautismo, te he admitido en el número de mis hijos... ¡y tú, tan joven todavía, te has rebelado contra tu Padre y Señor!.. Te he dado la salud, la razón, la inteligencia, ¡y tú has abusado de estos dones para ofenderme!.. Tú eras una vid que yo había rodeado con mis cuidados: te había plantado, cultivado, guardado con solicitud, ¡y tú no has producido para mi más que frutos amargos!... Te he perdonado tus faltas, tus extravíos; los brazos de mi misericordia han estado siempre abiertos para tí; te he alimentado con mi cuerpo, me he entregado á tí; ¡y tú me has tratado como un enemigo á quien se rechaza, á quien se encuentra gusto en ultrajar é irritar!... Díme pues, amigo mio, ¿qué te he hecho, en qué te he contristado?... *In quo contristavi te?* Juventud, salud, fortuna, bienestar,

tranquilidad, paz, unión, todos los bienes de que gozas son dones de mis manos; con que yo lo quiera un solo instante, todo habrá desaparecido para tí, y la muerte !... Pero nó, pobre Hijo pródigo, más quiero tu conversión que tu muerte.»

Sí, hermanos míos muy amados, Jesucristo no quiere la perdición de los pecadores; Jesucristo quiere que nos convirtamos y que vivamos. Adorable y misericordioso Salvador, los que están en el infierno no os alabarán jamás... y los hijos pródigos convertidos os bendecirán para siempre en el cielo... Pero no cansemos su paciencia, no abusemos de su bondad; aprovechemos esta santa cuaresma para recobrar la gracia de Dios, para poner en regla las cuentas de nuestra conciencia; hagamos que la conversión de todos nosotros lleve la alegría al cielo, y atraiga sobre nosotros y los nuestros las más abundantes bendiciones...; Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEGUNDA.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Dureza é insensibilidad del Hijo pródigo, imágen de la dureza é insensibilidad del pecador.

TEXTO. — *Pater da mihi portionem substantiæ, quæ me contingit.*
Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde.

(LUC., XV, 12).

EXORDIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo decía á los Judíos que querían apedrearle, es decir, matarle á pedradas: « Yo he hecho entre vosotros muchas obras buenas; decidme pues por cuál de estas obras me queréis apedrear... Yo he devuelto la vista á vuestros

ciegos, el oído á vuestros sordos, yo he curado á vuestros enfermos y resucitado á vuestros muertos; ¿por cuál de estos beneficios me queréis hacer morir?.. » Este lenguaje es el que emplea con cada uno de nosotros... Sí, cada pecador, si quiere concentrarse un instante, puede oír á este dulce Salvador que dice en el fondo de su conciencia: « Yo te he sacado de la nada, yo te he dado el sér y la vida, yo te he confiado á la custodia de mis Angeles, tú no vives sinó de mis beneficios: ¿por cuál de estos bienes quieres abandonarme?.. Tú me ultrajas cada día con tu indiferencia y con tus infidelidades: tú quebrantas mis leyes sin escrúpulo, tú abandonas mi servicio por el del demonio... ¿En qué te he faltado? ¿qué injurias has recibido de mí?... Contesta: ¿de qué te quejas?... Sobre esta ingratitud del pecador, que abandona á Dios apesar de tantos beneficios, es sobre lo que esta mañana insistíamos... Y encontrábamos una viva imágen de esta ingratitud en la conducta del Hijo pródigo para con su padre... Pero esta noche, hermanos míos, profundicemos más este asunto; meditémolo con mayor atención, á fin de que lo comprendamos bien.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — En la partida del Hijo pródigo me parece ver todavía, á más de la ingratitud, ciertas circunstancias odiosas, circunstancias que se encuentran igualmente en la conducta del pecador cuando abandona el servicio de Dios. Sí, además de la ingratitud de que hemos hablado esta mañana, si queréis reflexionar, vereis que hay asimismo: *en primer lugar*, dureza: *en segundo lugar*, insensibilidad en la conducta de este hijo rebelde.

Primera parte. — Dureza... Vedle como emprende á aquel padre tan bueno, á aquel padre tan tierno: colócase en su presencia con la cabeza alta, el ademán altanero: « Padre, le dice con insolencia, dame la parte de la hacienda que me corresponde ». No se detiene á hacerse las siguientes reflexiones: « Cuando mi padre será viejo ¿quién le mantendrá?.. Si mi hermano obrase como yo, este pobre anciano estaría inconsolable; nadie estaría aquí para cuidarle en sus enfermedades; su vejez, que debería ser tan dulce, correría entre lágrimas y en el abandono; manos extrañas serían las únicas que cerrarían sus ojos y le bajarían á la tumba; esclavos y mercenarios serían los únicos que derramarían lágrimas sobre sus restos!.. » Nó, la pasión le